

Méjico, 28 de Marzo de 1859.

Mujer mia: Está escrito que aun debo continuar un poco hablándote de personas, contra la impaciencia que me espoleaba por hablarte de cosas, ¡Qué quieres! Mis pobres batuecos arovechando mi venida á la corte y las relaciones que dizque tengo, y mas que todo mi amor patrio, en cuyo nombre me conjuran mas que á un espirituado, enviéronme hace tres días un voluminoso rollo de cartas y en ellas dos mil encargos que me ha sido forzoso despachar. Pero es el caso que mis compatriotas, privados como están hace mucho tiempo de la invencion benéfica de la estafeta, y no porque los bárbaros asesinen á los correos, como dizque lo hacen por allá por la frontera, sino porque reservados y gazmoños han llevado á mal que el señor administrador les haga

correcciones en su estilo epistolar, para lo cual revisaba una á una las cartas, empezaron á desacostumbrarse de la antigua usanza de llevarle sus cartitas.

Esto, como ya recordarás, unido á ciertas desavenencias habidas en el matrimonio de nuestras Batuecas con esta corte, las cuales ocasionaron la separacion de bienes, y dieron márgen á mas de quatro claridades que se dijeron los enojados consortes, hicieron por fin que el mercurio postal encontrara el mejor y mas exelente arbitrio de que se sigueran agriando los ánimos, y fué suprimir las comunicaciones de las partes beligerantes, y poner un dique á la chismografia del ofendido marido (Méjico) y de la ofensora esposa (las Batuecas). Resultado de esto, que los que no estaban enojados buscaban algun medio de enviar sus recaditos y billetes por los caminos que encontraban mas espeditos. Pero aquí fué donde el diablo tiró de la manta, y yo que por mal de mis pecados estaba debajo de ella, he quedado lucido, y vas á ver cómo.

Los pliegos que me remitian llegaron con felicidad hasta la garita, cosa que hasta parece fabulosa atendida las garantías y seguridad que en los caminos se disfruta. Ya los inocentes papeles entonaban el *Ave maris stella*, al descubrir el deseado puerto de su destino, y se desataban en elogios de su diestro piloto; cuando cádate ahí, que al querer tocar tierra dan en unos escollos hasta entonces desconocidos, quizá por estar ocultos bajo la cubierta de unas pieles cabrias. No hubo remedio: es cierto que tocaron en la playa y pasaron á tierra firme, pero ¡cómo venian, Dios mio! A guisa de corsarios sorprendidos en la costa y llevados ante el capitán general ó gobernador para que con arreglo á ordenanza decidiera de su suerte. Consignado á mí el envio, me hicieron comparecer ante aquel inflexible tribunal; y juzga de mis conflictos cuando yo fui sentenciado á redimir á quella gente cautiva, pagando en buena moneda sonante

veinte reales por cada onza del peso que reportaban. ¡Ira de Dios! Y como deseaba yo que el tal bulto se convirtiera en cabeza de diplomático, para que aunque pareciera mucho tuviera poco seso, y por ende poco peso! Pero nada, hija mía, aquellos verdugos tuvieron la inhumana complacencia y el escrupuloso cuidado de pesar hasta el último adarme; y yo tuve el duro sentimiento de ver pasar las pesetas nuevecitas de mi bolsillo al de aquellos desalmados caribes, sin que me valiera alegar que el modo y camino con que habían llegado los susodichos papeles era el único que nos había quedado espedido. No hubo argumento bastante fuerte ni razón alguna que me librara de pagar una multa que si era justa, no era yo á lo ménos quien la ocasionaba.

Posesionado ya de tan caros objetos, comienzo á desenvolver uno por uno, y me encuentro con que todas son cartas para el comerciante R.* para el amigo X.* para el empleado H.* para el padre N.* y por fin y postre unas cuatro líneas para mí en que me encargan entregue las adjuntas á sus títulos y agite el pronto y buen despacho de las que eran de la comun utilidad de mi pueblo, ó de la particular de Don Fulano. Tras de la sogá el caldero: despues de haberme costado el recuerdo de mis paisanos algunos duros que aun ablandan mis entrañas, échese usted á cuestras la comisioncilla de andar como pretendiente de empleo llevando cartas á este ó aquel. Vamos, que se necesita tener una paciencia á prueba de encargos para no votar contra tales impertinencias. Ya me conoces: soy bonachon y cachazudo: basta que este casado, y es buena prueba; por consiguiente dí conmigo en la calle, despues de formularme un itinerario, y comencé á desempeñar la importante mision que se me había confiado, consolándome en mis adentros con que las personas á quienes tenia que ver, enderezarian el entuerto que se me había hecho, quando ménos con su agradeoimiento.

“Mi primera visita fué al señor comerciante, quien desde el momento en que me vió entrar conoció por mi cara *fuereña* que era un bonazo habitante del interior, y creyendo que seria un buen marobante poco faltó para que me ofreciera de almorzar. Mas cuando le dije torpemente que era portador de una carta recomendada, equivocando los frenos, creyó que era una pretension y entónces ¡qué semblante puso! Abrió la misiva: se convenció de que no era yo enemigo peligroso, y con la amabilidad de un gato cuando está celoso me dijo que volviera por la contestacion de allí á dos dias.

Luego pasé á ver al empleado, y allí fueron mis trabajos. “El señor H.* viene á la oficina hasta las once. —Pero señor si son ya las dos de la tarde,—Ah! pues entónces se fué á almorzar.—Y á que hora vuelve?—Hasta las cuatro—Y dónde vive?—La guia de forasteros lo dice.—Y esa señora donde se encuentra?” Este interesante diálogo pasaba con un señor de edad, y tanto por ella como por su traje, habria jurado que era el gefe de la oficina; pero luego supe que era el cancerbero de aquel cocito. Al dia siguiente fuí á las once y media, y trabajo me costó despertarlo del beatífico sueño que dormia, apoyada la frente sobre la mesa que tenia delante.

Entré por fin al *sancta sanctorum* de aquella oficina, y entónces pude admirar la madurez con que se despachan los negocios, y por consiguiente lo muy bien que deben quedar arreglados. Todos los señores que allí encontré, los ví sumidos en profundas meditaciones, hasta el extremo que bien pude, si hubiera sido un poco atrevidillo, violar la consigna que en letras gordas estaba escrito en la puerta á guisa de aquel rótulo que supona Fígaro estaba en las puertas de España: “*Nadie pase sin hablar al portero.*” pues aunque hubiese sido saca-muelas, con nadie podria haber ejercitado mi lengua. El que no meditaba teniendo la frente entre las

daban envueltos en una capa cuadrada y con el indispensable *tranchete* en el sombrero, ó haciendo *obra* de muy mala estofa, siempre es tratado con muchísima consideración, debida sin duda á tres causas. Sea la primera y principal: que es hombre ya de dinero y crédito, puesto que su taller ha pasado ya al rango de *gran cajón de calzados*. Sea la segunda que él es el ministro de la policía interior de los pies del señor, las señoras y las niñas, y sabe cuantos callos, juanetes y ojos de pescado se deben encubrir con el raso y el charol, y esos secretos deben permanecer impenetrables á todo el mundo, y por eso al depositario de ellos se le obliga cortesmente á guardarlos. Finalmente, las mas veces se le deben grandes sumas por el calzado de toda la familia, que comunmente estrena cada tercer día, aun cuando no haya necesidad; y si al acreedor se le tratara mal, supuesta la posibilidad de seguir habilitando, acaso se retraeria de seguir siendo el proveedor de la casa, y eso traeria trastornos en el sistema de empréstitos que sigue el ministro de las finanzas domésticas.

Desesperado y mohino acabé mi comision; y debes suponer cuánto tendria que sufrir puesto que yo, calmado hasta el extremo, llegué á tomar un continente serio y endiablado.

¿Sabes la conclusion recta que yo deduje de todo cuanto me costó fenecer la empresa que se me habia encomendado? Que para tener un recuerdo vivo de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, para seguirlo en toda la via que anduvo allá en Jerusalem, no hay como tener un negocio en esta capital: principalmente en las oficinas públicas y si el negocio es urgente ó interesante, entónces hay mas motivos para los recuerdos, porque aquí todo es ir del subalterno al superior, de este á otro de mas ó ménos categoria, de una oficina á la otra, y de esta á aquella, ni mas ni ménos que de la casa de Anas á la de Caifas, de este á la de Pilatos, y de allí á la de

manos y los codos en la mesa, leia estasiado algun autor de nota, y de allí tomaba datos para el acierto de los negocios: ora era de Dumas el libro que habia en las manos; ora era Paul de Kock el que hacia el gasto: eso si ninguno estaba sin hacer algo.

El dueño de la carta me recibió con algo de mal humor, quizá porque le iba á interrumpir un animado diálogo que sostenia con E. Sue: así es que brevemente se impuso de la carta y me emplazó para dentro de unos quince dias en que podria darme la respuesta. Tal se ve de abrumado por el peso de sus negocios.

En unas partes me daban una antesala de dos horas, porque el señor estaba á la mesa, en otras de tres, porque estaba durmiendo siesta, y en otras de cuatro porque el señor no recibia sino á determinados momentos. Casa hubo en que el lacayo me prohibió entrar por no ser mi vestido de etiqueta.

En ninguna de las partes donde mi negra estrella y el capricho de mis compatriotas me conduxo tuve el gusto de oprimir ni por breves instantes los asientos de las aristocráticas ó plebeyas sillas de las salas; porque parece que es de buen tono que si el amo de la casa no se deja hablar los criados detengan al visitante en los corredores donde este puede entregarse al estudio de la botánica en las cuatro raquíticas macetas que allí se encuentran; y si el amo se deja mirar, apénas si se contenta con inclinar la cabeza, escuchar distraido el asunto, contestar breve, y con muestras muy señaladas terminar la audiencia, sin dignarse decirle al pobre batueco que descanse un poco.

Mas en cambio si llega el zapatero que tiene un establecimiento lleno de puertas y de muestras, que llama á su obrador con un nombre retumbante como por ejemplo: *zapateria ó cajón de calzados de los diamantes, de los toparios, de las esmeraldas, &c.*, aun cuando el discípulo de San Crispin sea de los que hace cuatro años an-

Herodes y vuelta á la de Pilatos, no sin haber sufrido las burlas y los logogrifos con que abruman al que anda tales estaciones todos los que es necesario ver. Podrá suceder que el haberme yo demorado tanto en el asunto que traia entre manos haya dependido de las *circunstancias escepcionales en que actualmente nos encontramos*: pues hágote saber que en estos momentos estamos próximos á rompernos las cabezas con ciertos protectores que á pesar nuestro han venido á hacernos mas felices de lo que somos, y como es asunto en que todo el mundo se interesa, ya comprenderás que primero es saber si hemos de consentir en que nos den la felicidad, aunque sea como las *enemas*, contra nuestro parecer, ó si hemos de resistir tanto bien con que nos brindan nuestros favorecedores.

En estos momentos la corte se encuentra agitada hondamente; y no hay mas platillo de conversacion, tanto en los paseos como en las casas, lo mismo en la plaza que en la calle, que si por fin nos dejamos caer en la tauja que nos ofrecen, ó si nos agarramos al borde con uñas y dientes para no ir á dar á ese paraiso con que nos están engolozinando los que tanto se empeñan por nuestro bienestar. ¿Oreerás que hay aquí muchos ingratos que á las promesas de ventura que se les hacen con testas con nuecas y malas razones? Hasta los hay que se han convertido en *crinolinos* ó abultadores para obstruir el paso á los que vienen á desplomar sobre nosotros tanta felicidad.

Hoy ha llegado aquí la vez de conocer á una multitud de jóvenes entusiastas que por todas partes veías dias pasados con aire marcial y provocativo, de tener una ocasion de distinguirse. Llegó esta, y en efecto están distinguiendo de á legua, porque los mas están en los puntos mas elevados aunque mas distantes del lugar que ambicionaban; pero que quieres: no todo lo que

desea se puede. Si ellos están léjos en cambio están mas seguros y vällase lo uno por el otro.

Me he separado un poco de mi objeto, Bibiana; pero el entusiasmo es como la peste, contagia; y como en estos instantes se ha olvidado aquí todo por el entusiasmo hasta el extremo de haberse mudado el paseo al lugar donde se está tratando de nuestro destino futuro, ya ves que seria malísimo que yo permaneciera impassible. Pero vale que cuando hayamos vuelto á nuestra situacion ordinaria; ó como dicen los que lo entienden, *normal*, cojé de nuevo el hilo y charlarémos de lo lindo. Adios por ahora.—*Carulampio*.

Méjico, 18 de Abril de 1859.

Mi siempre querida mujer: Ya te supongo muerta de cuidado despues de tanto tiempo que no te envío mis epístolas; pero en medio de los amargos tragos que hemos pasado, era imposible hacer otra cosa, además de que enfadados nuestros bienhechores con nuestra torpe ingratitud nos habian puesto en estado de no comunicar con alma nacida. Pasó el chubasco: todo vuelve á su ser, á su antigua animacion, y aquí me tienes ya en mi mesmedad de siempre, dispuesto á seguir nuestra interrumpida correspondencia. Ni una palabra te diré de lo que ha pasado, por dos razones: la una porque no toca á mi objeto, la otra porque ya otros han dicho cuanto han querido, aunque con tan buenos datos como yo, que durante los dimes y diretes de la discusion me encerré en mi concha como los armadillos, esperando á saber por

cuenta de quién habia de rodar, pareciéndome en eso á muchos cortesanos que tenian listos sus cohetes para quemarlos en honor del vencedor que nunca podia ser otro que el que ellos habian pronosticado en sus adentros.

Sigo con mi empeño que es lo que me toca: vale que políticos y guerreros sobran, á falta de pescado que comer en estos dias: unos y otros cumpliendo con su *mision* sobre la tierra harán lo que yo no haga.

Como la semana en que estamos ha querido la Iglesia llamarla santa, quizá creyendo que en estos dias todos precurarian santificarse, he aquí que todos nosotros los que nos preciamos de cristianos viejos, y de católicos rancios, hemos comenzado por prepararnos á darle gusto á esa buena madre, y con la mayor anticipacion, y siempre por santificarnos, hemos dispuesto que los sastres y las modistas trabajen de dia y de noche en la fabricacion de nuestros vestidos que debemos lucir en la visita de los templos; y como en estos dias han de estar mas á la vista de todos, por cuanto los coches se suprimen y las bestias entran á vacaciones, todos se convierten en pedestres, y hay mas oportunidad de examinar hasta los hilvanes de nuestra camisa interior. Así es que en ninguna época del año como en esta se cuida mas de la pureza y hermosura de un vestido y de la perfeccion de un calzado. El que tiene para todos esos gastos los hace desde luego: el que no tiene, tambien los hace; pero los queda á deber y *pata*.

Un padre de seis chiquillos y de cuatro hermosas señoritas pone todo su conato en cumplir con el precepto pascual que le impone la sociedad: que el de la Iglesia ya no es de la época. El precepto dicho es que aunque sus haberes se reducen á hambre por la noche y necesidad en el dia, siempre se de á la dilatada prole un vestido y la *matraca* y que no deje de ir á lucirlo todo en donde la concurrencia sea mas numerosa. Lo primero se hace

con el crédito, que aunque es como el de México, algo mortecino, siempre vale algo: lo segundo tiene algunas dificultades, y para vencerlas necesita de cierta diplomacia.

En estos días solamente los que no han encontrado aunque sea un pedacito de la piedra filosofal, son los que no presentan alguna novedad en su atavío; pero todos se entregan sin reserva á disfrutar de la santidad de la semana que les permite algunos días de asueto y objetos mil de distraccion. Estos últimos consisten en la multitud de vendedores que por todas partes atruenan las orejas con el chirrido de sus matracas, con el grito incesante de sus mercancías, con la variedad de figuras que ponen á la espectacion de los chiquillos para obligarlos á una iniciativa formulada primero con deseos y luego con lágrimas y mohines, al papá, á la mamá y á todo el mundo viviente.

Porque los chicos en esta tierra gozan de muchos privilegios como menores, y vaya si los saben explotar de una manera provechosa. Nunca encuentran contradiccion en sus caprichos, siempre están dispuestos á mandar á los criados y estos deben obedecer ciegamente; y como pocas veces el padre ó la madre cuidan de saber si las pretensiones de los nenes son como las de los sublevados políticos, y solo quieren que los niños no encuentren contradiccion para que no interrumpan á las visitas, ó para que no descubran poridades, toman apego al gobierno absoluto, y no se sujetan á ninguna constitucion ó consejo de gobierno, y son déspotas desde el interior de su casa hasta lo último de la calle. Y con estas ideas los tienes que cuando, como ahora, hay mil chucherías con que embaucar á los pimpolitos, estos bregan y se obstinan, y gritan sin misericordia para que se les compre lo que quieren; y no hay otro remedio que ceder á aquella tormenta de quejas y de lamentos, y gastar en los anteojos lo que mañana haria muy buen provecho para el desayuno.

Tu crearás, y por cierto que yerras torpemente, que aquí se educa á los muchachos como por allá lo hacemos. Pero voy á ver si puedo decirte algo para quitarte creencias tan equivocadas. Desde que una casada sabe que es madre, su pobre víctima ó sea marido, tiene que plegarse sin piedad á todos los caprichos de ese estado, porque es sumamente peligroso contrariar á las señoras y no hacer cuanto les ocurre. Ya desde entonces la luz de las habitaciones se modera, el ruido se disminuye, los alimentos se mejoran y se condimentan por especiales personas y se diversifican aun mas que las opiniones políticas, para que si uno desagrada tenga luego otro que lo sustituya, como novio de coqueta. Todas las noches á poco despues de oscurecer ha de salir á hacer ejercicio, y si es necesario debe bajársela en brazos para evitar un accidente: llega á las cadenas ó al portal y allí se sienta para no fatigarse, haciendo por consiguiente ejercicio de posaderas sobre una piedra helada, que al fin todo es cambiar.

Cuando llega el instante preciso se busca á la profesora que en letras mas gordas haya anunciádose, y que sepa ir á las casas de las enfermas de guantes y manteleta: dos, tres facultativos de los que caminan siempre en coche son los acólitos de aquella sacerdotisa: la madre, las hermanas, las tías, las amigas, todas invaden por distintos puntos y como pais conquistado el territorio en que se debate la cuestion de inmigracion. Todas tienen voto activo: todas ejercen la dictadura y todas expiden decretos sobre decretos hasta formar un simulacro de legislacion mejicana, esto es, de leyes contradictorias, y que unas derogan las otras, y que nadie se cura de obedecer.

Solo en una cosa se ponen todos de acuerdo, ventaja que no se obtiene en el campo de la política, y es en que la madre no debe por motivo alguno amamantar á su hijo, porque eso ademas de ser de pésima ley, desmejora no-

que sus derechos la llaman á mas alto rango, si es que rangos debe haber; y que las distancias puestas por la fortuna, nada valen tratándose de las leyes de aquel emporio de la libertad. Mal avenido con la monotonía que un solo culto produce en su colonia, abraza el mahometismo y la consabida fregatriz se convierte en sultana ó por lo ménos en favorita, y ya consiguió su segundo intento: Para el tercero, sin tardanza se trasporta al escritorio del papá ó al ropero de la mamá, y estraee de aquellas minas cuanto metal puede y con eso aumenta en las sociedades y cafeses la representacion que ántes le distinguia.

Esas innovaciones, ó no son notadas por el gobierno doméstico, ó si lo son y tienen mayores consecuencias, se despide á la qué introdujo el desórden, y se amonesta al innovador, siempre con indulgencia para no exasperarlo, que modere sus humoradas y no turbe la tranquilidad de que disfruta el país, y con tan eficaces medidas se salva el honor del pabellon, y se deja bien puesto el nombre de todos, y vuelta á las andadas como al principio.

Siendo este el estilo que se ha creído mejor y mas á propósito para formar cortesanos, ¿porqué no hemos de palpar cada dia los resultados de tal sistema, y porqué no hemos de ver en dias como estos lucir todas las ventajas que él trae consigo? Acostumbrados todos desde la infancia á la ostentacion, al desprecio de autoridad, á vivir como las mariposas, volando por todas partes, y á veces que no se puede exijir á nadie, que despues de varios diciembres, tome otras costumbres, y viva como nosotros vivimos por allá. Eso seria tan tonto, como querer que los fresnos produjeran higos. Por lo mismo cuando yo veo á los elegantes pensar en estos dias en engalanarse, en ir á los templos únicamente á pasar revista de las hermosas, cuando oigo sus cochicheos cerca del altar, y á la hora en que se recuerdan los misterios

mas sublimes de la religion; cuando los veo salir de allí convertidos en unos tentadores de las hijas de Eva, y á estas hechas unas serpientes que se valen de sus ojos y de sus monerías para provocar á los hijos de Adán, creo á pies juntillas que todo eso no viene sino del modo con que han sido educados, que por cierto nada tiene de batueco, sino de muy cortesano é ilustrado.

Se ansia la llegada de estos grandes dias porque es una temporada muy á propósito para lucir, porque hay oportunidad de ver y ser visto, porque el campo para las correrías, las citas y los lances se ensancha, porque tanto cuanto se necesitaba de recogimiento para elevar el espíritu á los recuerdos de una época lejana, se convierte en disipacion, en conversaciones y en bureos; y si acaso es tiempo de mortificaciones y de abstinencias, estas tienen lugar solamente en cuanto á las buenas costumbres y aquellas en cuanto á que el sastre y el zapatero no estuvieren puntuales con sus obras.

Con cuanto llevo dicho hasta aquí, creo que has debido conocer las principales castas de é individuos de ellas que para la mayor honra y gloria de la corte, han nacido en ella, son su mas bello adorno y el modelo mas acabado de ilustracion, cultura y adelanto. Convento en que no te he presentado otros muchos tipos que existen aquí; pero he creído que tanto porque ordinariamente resultan del cruzamiento de razas, cuanto porque no obstante hablar, moverse y tener signos exteriores de personas, solamente son cosas, muy bien cabian en la segunda parte de mi tratado, al cual daré comienzo, si la fortuna es buena muy proxíamente. Nada difícil será que hablando de cosas vuelva á mencionar las personas: pero eso no te admire porque ó bien lo hago en atencion á que la oportunidad se presenta, ó bien porque sigo el ejemplo de los modernos escritores que se nos ponen luego como ejemplar para que imitemos que proponiéndose hablar, v. g. de economia, van á dar á las re-

giones de los conventos que deben economizarse, para tener ellos mas economias que conservar. Así es que ni te pares á meditar sobre el desórden que adviertas en mis cartas y en las materias que ellas comprendan, porque yo no hago mas, á guisa de batueco domesticado en la corte que seguir el espíritu público por aquello de "*á la tierra que fueres haz como vieres.*" Este es el uso aquí y yo no hago mas que seguirlo servilmente, aunque todo lo que huele á servilismo está abolido en la teórica, si bien seguido paso á paso en la práctica.

Con que, hasta otro dia, porque en este momento me esperan mis amigos para ir á la iglesia iba á decir; pero me arrepentí porque no vamos sino á ver á las que entran allí. Eso sí, sin faltar en lo mas mínimo ni á mi estado. A Dios.— *Caralampio.*

Méjico, 25 de Abril de 1859.

Mi Bibiana: Vámos á dar un paseo ahora por el vasto campo de la corte á fin de empezar á conocer el terreno en que se crían tan buenas cosas como te hice conocer en todas mis anteriores, y espero que de mi instrucción saques todo el fruto que yo deseo; porque es sin ánimo que acabando mi prédica, y dándome tu pruebas de haberte aprovechado, luego sin demora te plantes de patitas en esta felicísima tierra,

Todo aquí es sorprendente, todo es grande: tanto que, apuradillo me veo para saber por donde he de comenzar. Pero me parece que ha de ser bueno seguir el hilo de las cosas, segun y como se me fueron presentando desde mi llegada á la corte. Así que sin mas detencion te diré que luego que la *testacea* diligencia nos hubo hecho tomar

un trote mas que largo á la orilla de la ciudad, trote del cual en todo el camino se olvidó, y solo vino á emprender á la vista de los habitantes de Méjico, quizá por abrirles el apetito de viajar; desde entónces, digo, una escolta, que buena falta hacia entre los multiplicados vericuetos que atravesamos, nos acompañó á todo correr desde la garita hasta el lugar de nuestro desembarco. Una vez llegados allí se nos hizo un exámen mas detenido que el de la conciencia en tiempo cuaresmal; pero tan provechoso como el de un reigente universitario, porque versaba sobre puntos convenidos, sin cuidarse para nada de los puntos reservados. Se nos preguntó de dónde veniamos y á dónde ibamos y con qué objeto, y ya comprenderás que no estando ninguno con las necesarias disposiciones para hacer una confesion sacramental, cada uno respondió lo que quiso, y con ello se quedaron todos muy satisfechos, así como con haber visitado los baules por la superficie, como si fuera uno tan sandio que en caso de traer cosas que esconderse debieran, las habia de poner en las narices del examinador.

Por lo inútil y engoroso de tales operaciones creo que era mejor suprimirlas, puesto que el pasajero que se resuelve á traer cosas no permitidas, como dinero, alhajas, papeles, y otras así que le interesan, las refunde hasta donde no debiera. Si salva todo eso de los ladrones, que es una policía muy escrupulosa y escudriñadora, dime si no podrá, con mucha mayor facilidad, salvarlo de los guardas y pesquisadores que por inera fórmula te hacen sufrir un interrogatorio aun mas largo que el de un alcalde sordo y tonto.

El local donde nos vomitó el vehiculo era el *hotel* de mas nombre que se conoce en la corte, y en verdad que tiene mil motivos para ser el primero. Mas como está montado á la francesa fué preciso desembarazarlo del humilde nombre de posada ó casa de huéspedes y darle el de *hotel* que tanto significa posada como palacio, en

hospital. La palabra agradó por nueva y ya desde entónces muy pocos locales destinados á recibir pasajeros conservaron su antigua denominacion por plebeya. Tanto el que me tocó en lote, como los demas que por todas partes se encuentran, lo primero que buscan es un nombre altisonante, aun cuando ninguna conexion tengan con él.

Así v. g., hay uno que se llama de la Bella-Union, que si no es por la union no muy católica que celebran allí unas muy bellas, no sé de dónde le puede pegar el título. Otro que se llama de Paris, tiene la analogia ménos digna de figurar en ninguna parte. Otro que tiene por emblema un Turco, entiendo que fuera del *harem* no tiene otra semejanza. Otro que se dice de Burdeos, tiene la rara cualidad de no haber allí una botella de vino procedente de aquel puerto. Otro que se llama de S. Agustin, no tiene del santo mas que la antitesis del arrepentimiento. Otro que se apellida con el pomposo nombre de moda, *Progreso*, camina cada día como cangrejo, y este, políticamente hablando, es consecuente con su dicho. En fin, salvas pequeñas modificaciones, todo se va allá.

El en que habité de pronto lleva la rigidez de sus principios hasta el no tolerar que entren visitas de mala nota; sin dejar por eso que la nota mala sea de los habitantes, porque ya supondrás que en una casa donde se reúnen individuos de las ochenta y veinte naciones, hijos de distintos padres, dueños de distintos habitos, pero todos dispuestos como uno solo á votar el contingente que el ministro de aquella hacienda ha impuesto por la habitacion, cama y servicio interior, lo ménos de que debe cuidar la casa es de si son moros ó cristianos los benignos contribuyentes. Así es que no creo se le deba echar en cara ese indiferentismo que ha adoptado como base de su marcha política y social. Por tanto no haré men-

ción, sino como un apunte puramente histórico, que allí se ha anidado, en días mejores para ciertos pájaros, una águila rara por su color, que quiso contemplar tan de cerca al sol, y remontó tanto su vuelo, que el rubicundo Febo la chamuscó, y casi casi la redujo á cenizas de la noche á la mañana. Los polluelos desde entónces dispersos como los judíos, ó han sido enjaulados en las casas de fieras, ó han ido á mecer sus alas á las orillas del oceano, donde por haber sido un poco atrevidos como la madre, les amenaza tempestad y no volver á tocar tierra.

Uno ú otro aguilucho de esa inmensa cría ha quedado en el nido; pero tan desfigurados, tan embotados los picos y las garras, que solo teniendo antecedentes de su genealogía se les puede conocer. Uno de ellos se ha convertido en cuervo, así porque solamente grazna, cuanto porque husmea la carne muerta que es un contento. Eso sí, luego que la puede pillar se ceba en ella, y con sus destemplados gritos, que repiten y adicionan sus compañeros, arma una zalagarda que resuena hasta nuestras batuecas, no obstante ser tan remotas; pero desde que alguno le amaga por su bulla se da por enfermo de la garganta, enmudece y se pone en curación.

Por lo que mira al servicio de estos *hoteles* casi en todos es igual: consiste en que en las cuatro paredes que llaman habitación encuentras una cama de metal desvenecijada y bailarina como que esta dispuesta y ha estado á recibir toda clase de humanidades, ora masculinas, ora femeninas, ora comun, de do. El tal lecho contiene un colchon y un proyecto de id. que tanto han servido á un físico rematado, como á un antigho habitante de las galias: un par de sábanas que salen de un cuarto y pasan á otro diariamente, con lo que se consigue cambiar ropa todos los días; un cómodo sofa, un in-

cómodo sillón, un aguamanil, un vaso y un candelero con un breve pensamiento de vela. Si pagas una contribucion mayor tienes derecho á un recuerdo de alfombra, á un ensayo de escritorio y á un problema de ropero. Y cádate ya en posesion de un cuarto muy *comfortable*, frio en invierno y caluroso en verano, capaz las mas ocasiones de hacer creer que en Méjico se ha adoptado finalmente el sistema de penitenciarias.

Es verdad que en cambio de estas ventajas no te faltan algunas molestias como las de un vecino aprendiz de músico, que ó bien con un figle te asusta el sueño, ó bien con unas escalas diabólicamente ejecutadas en el violín te rompe las orejas, así fueran de cántaro: ó te cabe en suerte un robusto aleman, que digiera en la alta noche sus diez tarros de cerveza en medio de los mas sonoros ronquidos, que pecho humano pudo salmodiar, y que merced á los tabiques delgados como suerte de jugador, los tienes á media pulgada de tu tímpano. Si para huir de estas plagas quieres salir á los corredores á curarte de la irritacion del insomnio, no será remoto que te encuentres con un ingles que despues de haber apurado cuatro botellas de rom, se retira á su cuarto dando tumbos, y creyéndote pilar se afianza rudamente de tí, ó creyéndote médico te muestra la orina sin ceremonia. Pero eso nada vale; y creo que todo se puede sobrellevar por la libertad sin límites de que se disputa en aquel remedo de los Estados- Unidos.

Tolerancia completa y absoluta, libertad amplia como la que predicán ciertos políticos: con tal que tus impuestos los pagues sin hacer representacion en contra, con tal que no sea necesaria la facultad económico-coactiva, puedes estar allí como en el paraíso y mejor todavía; porque allí no hay árbol prohibido y puedes comer de todo, y si algo te falta, el camarista ú otro cualquiera te le proporciona en dos minutos, para lo cual tienen

en las inmediaciones almacenes bien provistos de cuanto efecto prohibido o permitido puede haber apetito ordenado ó desordenado. Si debo advertirte, que en tales lugares debes ántes que todo hacerte propicias ciertas potencias que aunque aparentan ser de tercero ó cuarto orden, son las que todo lo mueven y todo lo gobiernan. Esas potencias están representadas por los camaristas, que son unos verdaderos tiranos cuando llegan á tomar ojeriza oontre el pobre emigrado que va á buscar refugio en los hoteles.

Pero en cambio son los mas fáciles de arreglarse porque como verdaderos cadís, son sobornables y se venden por muy poco; y es mucho mas económico y oportuno que tú les pagues y te ajustes, que no el que ellos se paguen por su mano, y te molesten, y esté tu servicio ejecutado coa tanta exactitud como el de correos.

En los hoteles tiene puerta franca toda visita y todo comercio, aunque es preciso decir, que como lugares mas aristócratas, los comerciantes y visitantes van encubiertos con trajes competentes. No irá un *varillero*, que por mucho mal que te haga, no pasará de venderte un peine ó un cepillo en cuatro tantos de su valor, sacándote por junto seis reales malamente ganados, pero irá otro que te propondrá un relox, una cadena, un cintillo, que te costarán doscientos ó trescientos pesos cuando solo tenían un valor de cincuenta: tampoco irá una visita de vestido humilde, que cuando mas te costaría por *fas ó nefas* un miserable socorro que fuera á pedirte; pero recibirás personas de magnífico atavio que te acometerán en mucha mayor escala; porque todo lo humilde, todo lo que pueda dar idea de pobreza no pasa por allí; pero cuanto no lleva ese carácter tiene paso franco y fácil acceso en los *mesones ú hosterías* que llaman pomposamente hoteles.

Otras cosas pasan en ellos que no quiero mencionar

por que no vayas despues á hacerme cargos de haberme familiarizado con ellas; mas te protesto, por si el diablo que todo lo revuelve, te pusiere tales pensamientos, que solo en mi calidad de observador he podido tener conocimiento de todo lo que me callo. Adios mi *pihona*.— *Caralampio*.

Méjico, 29 de Abril de 1859.

Muger mia: Una de las primeras necesidades de todo hijo de sus padres, tanto aquí como en todas partes, consiste en buscar luego luego que llevar á la boca; pero eso no creo te sorprenda de que acabando de tomar por sesión de mi nido, me echara á volar en busca de alimento. Bajé á la fonda, y como buen batueco pedí de cenar, como todo cristiano lo hace á las siete de la noche; mas no puedes tener idea de las muchas risas burlonas que de todas partes salieron al punto que dije tanta blasfemia. Azorado como un chiquillo que no sabe la lección, me quedé mirando á todos, y de aquí nuevas risas y nuevas burlas, que mas y mas me hacían asustar, hasta que un mozo adornado de un prolongado mandil, se compadeció de mí, y tuvo la complacencia

de enseñarme en un idioma medio frances, medio indigena que en los *bodegones* encontraria lo que buscaba.— Pues busco algo que comer, le dije algo amostazado.— Ah! eso es otra cosa, siéntese vd. y le serviré. Luego supe que todo el motivo de aquel asombro era que yo habia pedido *cena*, cuando en la culta, en la ilustrada corte solo se cena á las tres ó cuatro de la mañana, y ántes de esa hora todo se ha de llamar comida.

Como mi estómago tiene muy poca gramática y muy poco diccionario, y lo que siempre le importa es estar satisfecho, maldito el caso que hizo de si lo que se le enviaba era comida ó desayuno. El mozo empezó á ponerme platos y mas platos todos con unos nombres muy ingleses ó franceses aunque el contenido era mejicano y muy mejicano. Comí pues en inglés, y en inglés me quedé con la misma hambre, pues aunque me trajeron en un plato carne cruda y en otro carne sin coser, y en otro carne sin guisar, y en otro carne sin freir, quizá por haber sabido que venia de las Batuecas, que dicen son la línea divisoria de los salvajes, yo que hace muchísimo tiempo tengo el mal gusto de comer como los cristianos y no como los buitres, tuve que abstenerme, sin ser vigilia, de la manducacion carnícera. En cambio pude muy á mis anchas, si tal hubiera querido, echarme á nadar en un oceano tibio que me pusieron delante, aunque me retrajo el color bastante turbio de la agua. Allí, como sucede en los mares polares, se veía una que otra navecilla representada por tal cual desertor grano de arroz. Esa decían que se llamaba sopa.

¿Deberé hacerte la descripción de todos y cada uno de los platos con que fuí regalado? Baste saber que el indomito novillo conservaba aun allí su bravura y fiereza, sin que le impusiera en lo mas mínimo la vista de mi afilado cuchillo: que unos pichones se lamentaban tristemente de que los hubieran separado de sus padres y querían emprender el vuelo al nido, ni mas ni ménos que

como los quintos que llevan *voluntariamente* en leva: que un conejo, acordándose de cuando pastaba libre por los campos, se me escabulló por toda la mesa al momento que quise hincarle el tenedor, y que un pescado, creyéndose autorizado para surcar el vaso de agua que allí había, y que él tomo por un estanque, se lanzó contentísimo á él, cuando yo pensaba darle honrosa sepultura en mi necesitado estómago. Quise desquitarme del chasco acometiendo los postres y los dulces; pero estas no eran mas que frutas cosidas con una *puntita* de azucar, y aquellos tenían mas de cuatro bemoles para dejarse dar caza impunemente.

Me levanté de allí tan hambriento como me senté, aunque no tan pesado, pues fué preciso dejar en manos del afrancesado fámulo el importe de lo que había visto, mas, su propina inexcusable que la reclaman, como un marqués su título ó como un doctor su tratamiento. Verdad es que nada se había quedado entre mis vientres; pero por si *fortè*, me pusieron un maso de plumas, creyendo que fuese á entender un protocolo.

Me eché á andar en busca de alimentos, puesto que allí me había sucedido lo que en las comedias, que ponen gallinas de carton y pasteles de madera, las cuales tienen para todos los convites, y en atencion á que en todos los *restaurant* (antes se podia decir fonda) con muy poca diferencia era lo mismo, me contenté con un pedazo de bizcocho que me había sobrado del camino y que me alimentó mas. Pasé otra vez á la fonda á tomar un vaso de agua, y entonces, admírate: lo primero que vi fué á mi conejo emprendiendo nuevas escapatorias del plato de otro individuo que llegó despues de mi salida. Aun le veía yo el surco que dejó mi tenedor en su ende recida piel, y las no ménos profundas señales de las armas de su nuevo adversario en la valiente lucha que luego había emprendido; pero el animalito era viejo en el oficio, y sabia perfectamente escabullirse por cual

quiera parte, burlando al mas diestro cazador. En otra mesa ví al pescado que tan caro pagué, haciendo nuevas evoluciones para volver á nadar.

Al dia siguiente llevaron un almuerzo al cuarto inmediato al mio, y aunque bien disfrazadas las carnes que en la noche anterior se esceptuaron de la requisa que les hice, pude con facilidad conocer que bajo aquellos nuevos arreos iban antiguos conocidos. Creo que ellas mismas se acordaron de que si aun tenían ser lo debían á mi manumision, y agradecidas mas que un sobrino, emprendieron la carrera desde la mesa de la habitacion contigua hasta la puerta de la mia, cuando aquel desapiadado Neron quiso sepultarles el cuchillo para devorarlas. No sé si fué mas afortunado que yo, pero lo que sí creo es que si ganó la victoria, lo debió sin duda á lo fatigado que estaban sus contrarios despues de cuatro ó cinco dias de combates, y de tan diferentes ocasiones como habían pasado por las hocas caudinas de las cocinas.

Porque debes saber que todo aquello que la voracidad humana respeta en una fonda ó *restaurant*, sirve para estar saliendo á luz cada vez que se presenta algun nuevo consumidor, siguiéndose en esa parte el ejemplo de guerras intestinas que nunca se envían á batir á los enemigos sino soldados que no se dejen vencer, con lo cual se hacen interminables por una y otra parte, porque ninguno cede. Lo que queda intacto, porque no se deja atacar, se sirve bajo la misma forma por todo ese dia: al siguiente se le dá un nuevo barniz y se tiene por cosa diversa; lo que se dejó vencer en parte, porque en el todo es imposible, pasa á otra sartén, y con distintos colores y agregados se convierte en un nuevo guisado, haciendole perder su nombre de bautismo, operacion que se repite tantas veces cuantas lo permite la duracion de la primera materia. Por consiguiente, no es estraño que un trozo de vaca se te presente con el nombre de *carne*

prensada, y luego de *rosbif*, y luego de *asado*, y por último de *olla podrida* ó *albondiguillas*, porque tiene mas transformaciones que político tornasolado.

Las fondas que aun conservan ese nombre hacen un estudio formal de ser las antípodas de los *restaurant* en cuanto á la nomenclatura y sabor de los marjares; pero en cuanto á los disfraces y conversiones los imitan mas que los liberales de Méjico á los terroristas de Francia; y el que come en una de esas casas puede estar seguro que ha alimentado con sus desperdicios á mas de cuatro, que si se les dijera no lo querrian creer.

Cuando se entra á una fonda ni se saluda á nadie ni se ofrece á ninguno. Cada cual se consagra á sus trabajos y jamas pide ni da auxilios en los diferentes lances que ocurren. Tanto cuanto hay en las casas y en las calles de mancomunidad para los negocios ajenos, tanto hay en las fondas de abstraccion y arrohamiento en la pieza donde comen muchos. Allí se ensimisma cualquiera y no ve otra cosa que lo que delante se le ha puesto; mas es preciso concederles la razon: todas sus facultades se absorven en dos cosas, en luchar á brazo partido con los platos que se presentan, y en no abandonar ni por un momento el que por fortuna se dejó sorprender, porque apenas se desvia un cristiano del plato que está saboreando mejor, cuando el criado, solícito mas que para recibir la propina, alarga el brazo y en un abrir y cerrar de ojos lo hace desaparecer, con la intencion quizá de que otros gusten de aquel apetitoso bocado. Unos platos, porque se desdennan de alternar con un individuo, y otros porque los celan como muenachas bonitas y los alejan del precipicio, lo cierto es que casi los mas vuelven intactos ó poco mermados al lugar de su origen; y ya verás si los comensales tienen en que entretenerse para perder el tiempo en saluaciones y ofrecimientos.

Pero las fondas á pesar de esto son concurridísimas

porque la mayor parte de los casados y la totalidad de los solteros van á ellas: los unos porque no tienen casa, los otros porque hacen vida independiente, y todos porque eso es de muy buen tono. Allí se dan convites, allí se pasan los dias de fiesta, allí se lleva á una amiga que no se puede lucir en la ciudad, y mucho ménos en la casa propia. Allí se reunen muchas veces los antagonistas políticos deponiendo sus odios y sus rencores en las aras no muy limpias de la fonda, y ante la severa faz de un empedernido pavo. La gastronomía es el mejor medio para acabar odios y rencillas, pues se han visto hombres que han salido á batirse al campo, y que en lugar de matarse han ido á matar á una fonda el hambre comun que les ocasionó el ejercicio y la emocion.

Considérote hecha agua la boca; y mas se te haria si pasaras por delante de uno de esos establecimientos y vieras como una provocacion aves y pescados que se convierten en diablos tentadores y te dicen; "cómeme, cómeme;" pero que cuando te llegas á ellos se te escabullen y vuelven al *maestrero* á engañar bobos, y á convidar con su apetitoso talante á los descendientes de Ellogábalo. No te dejes enredar, que aquí mas que en ninguna parte, es todo tortas y pan pintado. Adios, adios te dice tu chasqueado.—*Caralampio*.